

Feminismo, Igualdad, Diferencia y Postcolonialismo

Diana Maffía

Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género
Universidad de Buenos Aires

En la Feria del Libro de 1992, participé en la presentación de *Feminismo/Postmodernismo*, de Linda Nicholson (comp), publicado por Feminaria Editora. Discutíamos entonces el impacto que la ruptura con los mandatos de la modernidad, tenía sobre el feminismo. Doce años después, esta invitación permite hacer un balance de los debates académicos que nos llevan a usar las mismas palabras (“feminismo”, “igualdad”, “diferencia”) para preguntarnos cosas muy distintas.

Varios eran los problemas filosóficos centrales en el pasaje de la modernidad a la postmodernidad: el debate sobre la condición universal del sujeto, sobre la posibilidad de la objetividad, sobre el valor de la ciencia como descripción y explicación genuina del mundo (lo que implica una revisión sobre la verdad), sobre el lenguaje como forma de representación. Estas discusiones no eran sólo por el valor epistémico, sino fundamentalmente por el valor ético y político del discurso.

Ya en la década del '60, en el ámbito de la hoy tan denostada filosofía analítica (a la que tanto le debo), John Austin discutía la naturaleza del lenguaje y pasaba a caracterizarlo como una acción¹. Al hablar, decía, no sólo llevamos a cabo un acto locucionario (por ejemplo, decir “estúpido”), sino que también realizamos un acto ilocucionario (insultar) que debemos distinguir del efecto que en el oyente produce la locución, que es a su vez un acto perlocucionario (ofender). El mismo hecho, si queremos verlo así, puede ser descripto como tres acciones diferentes. A Austin le interesaba el lenguaje del derecho, sobre todo del derecho penal, donde describir una acción de un modo u otro podía ser la diferencia entre la culpabilidad y la inocencia. Pero entonces ¿dónde queda la verdad?

En efecto, el concepto semántico de verdad, la relación de adecuación o no adecuación entre el lenguaje y el mundo (lo que digo es verdadero si en el mundo ocurre, y falso si no ocurre), va cediendo terreno –con el “giro lingüístico”– a la postulación de una **producción** de verdad. El discurso de la ciencia deja de ser el espejo de la naturaleza, y es caracterizado como un discurso de poder. Se produce verdad desde una posición de poder (verdad científica, verdad jurídica, verdad histórica, verdad política, cada una con sus propias reglas y sus propias autoridades).

Es sobre todo Michel Foucault ² quien pondrá de manifiesto una conceptualización general y abstracta del funcionamiento del poder, como poder disciplinario, poder

¹ Austin, J. *How to do things with words*. Traducción castellana, *Palabras y Acciones*

² Foucault, M. *La arqueología del saber*

afirmativo/productivo, poder panóptico, poder carcelario, y sobre todo el discurso como vía de transmisión del poder. El poder se ejerce mediante la producción de discursos que se autoconstituyen en verdades incuestionables. La verdad existe como forma de poder cuando a partir de ella se crea un determinado “código” mediante el cual se regulan las maneras de actuar o pensar de los individuos³.

Lo que se dio en llamar los “grandes relatos” totalizantes de la modernidad son entonces puestos bajo sospecha. Lyotard⁴ enumera sus desconfianzas en los *grands récits* que representaron ideas utópicas como la acumulación de riquezas, la emancipación de los trabajadores y la sociedad sin clases, que como discursos homogeneizantes han excluido las voces contestatarias y han perdido credibilidad. Retomando la idea de Wittgenstein del lenguaje como un juego (en el cual las reglas nos permiten ciertos movimientos y no otros, y cambiando las reglas cambiamos el juego), Lyotard se inclina por un conocimiento en clave de *petits récits*, pequeñas narrativas que favorecen el surgimiento de una multitud de discursos manifestando la heterogeneidad cultural, racial, nacional, sexual, y que se resisten a la sistematización. Como la sistematización es considerada un gesto de poder, esta práctica contra las tradiciones y convenciones, esta propuesta de formas híbridas y a veces mutuamente contradictorias, se consideran un modo de resistencia.

Frente al control de las teorías y los cánones literarios dominantes, surgen entonces diversas aproximaciones teóricas y críticas, entre ellas el feminismo y las teorías postcoloniales que hoy nos ocupan. El postmodernismo, como marco ideológico, permite al feminismo escapar a la autoridad de los grandes metarrelatos, sobre todo a aquellos que describían la condición femenina, el lugar social de las mujeres, y el gran campo de batalla semiótica que es el cuerpo.

Las mujeres reclaman para sí el lugar de sujeto de enunciación, un lugar de autoridad que fundan en la propia experiencia, como legitimación de una visión propia de su condición. El feminismo de la igualdad, que no discutía las jerarquías del patriarcado sino su sexualización, y sólo reclamaba para sí el acceso de las mujeres a los bienes culturales, da paso al feminismo de la diferencia, con una exaltación de lo femenino tal como el patriarcado lo había descripto, pero sublimando su valor moral.

Es en este contexto que se vuelve significativa la pregunta de Gayatri Spivak “¿puede hablar un subalterno?” Si el oprimido va a hacer oír su voz al opresor, será en los términos que el opresor comprende, es decir en sus propios términos. La voz de las feministas académicas anglosajonas describiendo de modo esencialista el universal “mujer” recibe la inmediata desmentida de las feministas de las minorías afrodescendientes. El universal estalla en múltiples diversidades, pero ¿pueden ellas hacerse oír?

³ Foucault, M. *Microfísica del poder*

⁴ Lyotard, J.F. *La condición postmoderna*

Si la colonización da lugar a una cartografía que incluye los nuevos continentes manteniendo la centralidad de Europa, el pensamiento desde los márgenes muestra las paradojas de esta centralidad. Como provocativamente decía el escritor palestino Edward Said, ⁵ Oriente es un invento de Occidente. Del mismo modo que la Colonia inventó América Latina desde Europa (y así llamamos “occidente” a lo que está en nuestro oriente), se inventó la condición de la mujer desde el pensamiento patriarcal. La mujer es un invento del patriarcado, y para inventar desde las mujeres otra dimensión de lo femenino (o de las feminidades) debemos primero descolonizar la mente.

Es relevante preguntarnos si el concepto de “postcolonialismo” es útil para esto. Bajo la inspiración de Spivak las feministas desafían el esencialismo, considerando la teoría como práctica de la producción de sí misma, a través de una constante crítica deconstructiva de lo teórico (pero sin renunciar a ello). Hay un empleo consciente, un uso estratégico de las esencias, “Mujer” se usa así como un slogan o palabra-fetiché para permitir eficacia práctica al discurso. En la era global-poscolonial, las identidades son un arma política.

Sin embargo, la edad de la inocencia ha terminado. No es proyecto viable para el feminismo una “poderosa heteroglosia”⁶ que se oponga monolíticamente al discurso patriarcal. Identidades estalladas hacen de lo femenino algo disperso. En este contexto, muchas intelectuales se dedican a recoger testimonios de los márgenes como resistencia a los discursos y teorías dominantes, como abriendo pequeñas grietas de diversidad que debiliten la autolegitimación y el poder subordinante de esas teorías. A su vez, el establishment reacciona.

Un ejemplo de esta reacción es la negativa de Dinesh D’Souza, de la Stanford University, a admitir el texto “Me llamo Rogoberta Menchú y así me nació la conciencia” (Elizabeth Burgos, 1985) en el curriculum sobre Cultura Occidental: *“Celebrar los trabajos de los oprimidos, aparte de los méritos standard por los cuales se juzga otro arte, historia y literatura, es hacer romántico su sufrimiento, pretender que es naturalmente creativo, y darle un status estético que no es compartido o apreciado por aquellos que realmente soportan la opresión”* ⁷

Aunque se trata de un intelectual de derecha, la opinión de D’Souza merece pensarse. Esos valores que se otorgan desde el centro al producto de la opresión de la periferia, no son los valores del centro, pero tampoco los de la periferia acerca de sí misma. Son los que intelectuales que resisten la cultura central pero pertenecen a ella, establecen para ingresar aspectos habitualmente no considerados que rompen la hegemonía del discurso.

⁵ Said, E. *Orientalismo*,

⁶ Haraway, D. A Manifesto for Cyborgs

⁷ Beverly, John, “The Real Thing”, en *The Real Thing: testimonial Discourse and latin America*, Ed. Georg M. Gugelberger. Durham: Duke UP, 1996: 266-287

Lo que quiero decir es que no veo que el postcolonialismo sea la herramienta que aporte lo que el feminismo latinoamericano necesita en su debate entre el discurso y el mundo, entre la verdad y la eficacia política, entre el esencialismo del concepto de mujer, e incluso de mujeres, para reclamar derechos, y el reconocimiento de irreconciliables diversidades. El postcolonialismo es un invento del pensamiento colonial. El testimonio del subalterno debe darse en los términos y categorías del sujeto dominante para ser comprendido y producir efecto político. La selección y traducción del testimonio corresponde al sujeto de enunciación y no al objeto, porque es este sujeto (antropólogos/as, sociólogos/as, críticos literarios/as) quien determina su pertinencia y garantiza su eficacia.

Con los mismos parámetros, los europeos bienpensantes hacen “turismo piquetero” en Argentina, desde la ronda de las Madres de Plaza de Mayo hasta las fábricas recuperadas. El paisaje debe ser suficientemente exótico para que sea atractivo, suficientemente folclórico para que nos sea atribuido como identidad, suficientemente comprensible en los propios términos del turista para ser significativo. Por el momento, lejos de la epistemología, como sugería Richard Rorty⁸, es el leve tiempo de la conversación y de la escucha, del reconocimiento del otro y de la otra y el esfuerzo por comprender. Un tiempo de hermenéutica. Sobre la eficacia política de la hermenéutica debo decir que tengo confianza, pero no en los tiempos de la eficientista producción de la academia tradicional.

⁸ Rorty, R. *La filosofía y el espejo de la naturaleza*